

El ritual del rectángulo brillando

Un destello azul se cuela
entre los pliegues de mis párpados:
una notificación, un grito luminoso
que reclama mi atención.

En mis manos, un rectángulo brillante
late como si fuese
el mismísimo pulso del mundo.
Cada gesto, cada imagen,
me arrastra un poco más
al pantano de la pantalla.

Allí, los días se fragmentan
en breves historias de veinte segundos,
los gestos se reducen a “me gusta”
y la nostalgia a un “te echo de menos”
susurrado en letras frías.

Mientras tanto, la realidad
—tan silenciosa y obstinada—
coloca una taza de café humeante
sobre la mesa de la cocina.
Mis padres conversan en voz baja,
se miran a los ojos y suspiran
cómplices de sus propios recuerdos.

Más allá, mi hermana ojea un álbum de fotos
con bordes amarillentos.
Sonríe con una ternura
que ningún filtro virtual puede igualar.
El aroma a pan recién hecho,
el calor de unas manos que abrazan,
la risa compartida sin motivo...
Pequeños tesoros que imploran atención.

Cierro los ojos un instante
y siento el peso leve del aire,
la luz de la tarde que tiñe mi piel,
el latido de las voces queridas
que me llaman a una verdad sencilla:
lo humano palpita más fuerte
cuando no se enmudece
bajo el ruido digital.

Apago el rectángulo,
dejo que el silencio auténtico

me devuelva a lo importante,
a ese abrazo que no caduca,
a la risa que sí contagia
y a la mirada que nos transforma.

Porque en este mundo que gira
al ritmo de redes incesantes,
hay un instante sin precio
en la calidez de un encuentro real.
Y si no aprendemos a atesorarlo,
el brillo efímero de la pantalla
se tragará la vida entera
sin pedir permiso.